

EL VALLE DE AÑISCLO

DEL valle de Añisclo hace mención Luciano Briet en su libro *Bellezas del alto Aragón*, al referirse a las Memorias de Colomés de Juliam, ingeniero jefe de Puentes y Caminos y diputado francés por el alto Pirineo, publicadas en 1841 y tituladas *Estudio acerca de las grandes vías de comunicación necesarias a las regiones comprendidas entre el Garona y el Ebro*, y a las que se unen planos de la zona.

El valle es uno de los más hermosos e interesantes de nuestro Pirineo oscense y, en contraposición, es uno de los menos conocidos y visitados, cosa inexplicable, como se comprenderá cuando exponamos los modos y procedimientos de llegar a él y de recorrerlo.

Nace el valle en el collado de Añisclo formando un imponente circo en el que se vierte el glaciar de Añisclo, de 3.002 metros de altitud en su cumbre, y de las Sucas, sierra formada por las Tres Marías, de 2.809, 2.772 y 2.681 metros, situadas al saliente y dibujándose en su Noroeste las tres Sorores, siendo la más próxima el Soum de Ramond (3.262), Monte Perdido (3.355) y el Cilindro (3.328), el más lejano de las tres.

La característica de este valle es la estrechez del mismo con relación a la elevación imponente de sus laderas, dando la impresión de que más que estar entre dos picos o sierras, son estas cimas cortes de una misma montaña próximas a volverse a unir, como piezas de un mismo cuerpo.

Su acceso es desde Escalona, población situada en el kilómetro 10 de la carretera de Aínsa a la frontera y a 610 metros de altitud: allí es fácil pernoctar, así como en la próxima Aínsa, por encontrarse alojamientos en buenas condiciones. En este punto se une el río Vello, que es el que forma el valle, con el Cinca. De Escalona parte una carretera en construcción, pero con la explanación y los puentes terminados, que son propiedad de la Sociedad Hidro-Nitro, cuyas fábricas se encuentran emplazadas en Monzón: de esta entidad es fácil obtener el permiso necesario para el paso de vehículos, con lo cual se penetra unos doce kilómetros dentro del valle y se transita así por una zona de gran belleza.

Poco después de dejar las huertas de Escalona y Puyarruego, se suceden las praderas, los campos de olivos y de almendros, las viñas y

los campos de cereales de secano, y pasados los tres kilómetros de lo que hoy se denomina «Campamento»—por estar construido en sus laderas próximas al río un edificio-refugio que sirvió durante las obras de construcción de la carretera—, empieza la zona de selva y arbolado con bojés y helechos; la masa de coníferas (pinos y abetos), las hayas y el roble que nos han de seguir en todo el valle, con paisajes de suntuosidad y magnificencia, sólo posibles en la Naturaleza. Se recortan en algunos puntos sus copas en alturas inverosímiles, que desde el pie de sus troncos dan formas de fantasmas y eligen su emplazamiento en las rápidas pendientes del valle, en las pequeñas cornisas que estas laderas forman para elevar su vegetación, cubriendo las zonas rojizas hasta alturas superiores a los 2.000 metros; dejando después al descubierto, para mayor grandiosidad del espectáculo, primero, las praderas, y después, las cumbres peladas, que sólo las nieves en invierno y las tormentas en verano, las cubren o azotan.

La explanación de esta carretera nos hace pasar por preciosas gargantas, cuevas con estalactitas; siempre próxima al cauce del Vello, nos deja, por último, en su terminación, en uno de los puntos más interesantes del valle, en el puente de San Urbez, próximo a la ermita donde este santo hizo vida de cenobita durante unos años en la primera mitad del siglo VIII. Algo más arriba, en unas pequeñas praderas próximas al molino de Aso, se ha unido el río Aso al Vello; praderas éstas apropiadas y fáciles para acampar; después discurre el río Vello por un cauce estrecho y profundo que en el emplazamiento del puente de un solo ojo tiene una anchura de 25 metros con una profundidad superior a los 100 metros, garganta que difícilmente se encuentra atravesada por puente en punto alguno de los valles del Pirineo. Desde este lugar es preciso continuar por senda, siendo posible el tránsito de caballerías por la misma. Estas caballerías pueden prepararse en Escalona y, mejor, en Sercué, Vío o Nerín, siendo Sercué el poblado más próximo al punto de partida del camino. Pero aquí empieza la característica principal del valle. Con separación en las cumbres que lo rodean y que en algunos puntos es de 500 metros y aún algo menor, tiene profundidades de 900 metros, con cortes verticales que le hacen inaccesible por la mayor parte del recorrido. La senda, que ha de seguir el cauce del río, rozándole, para pasar a la margen contraria a poco más de un kilómetro de la ermita de San Urbez, se encuentra tan pronto al nivel de las aguas claras del Vello, como elevada a más de 150 metros sobre su cauce, permitiendo ver, en mirada completamente vertical, la espuma que las cascadas forman en sus badinas—«moliendo espuma», como dijo un escritor—. Y es de gran satisfacción detenerse en la penosa subida para contemplar estos puntos de vista desde el pie de los troncos de los pinos

y de las hayas gigantes del reino vegetal, que allí han tomado magnitudes insospechadas y que se elevan en grupo como orgullosas de que el hacha del hombre no haya llegado hasta su difícil emplazamiento.

De este modo, se hacen, aproximadamente, otros doce kilómetros entre los precipicios de la loma de los Sestrales, cuyas cumbres se elevan hasta 2.506 metros, en la alta, y 2.059 metros, en la baja, y frente a ellos, en la otra ladera, el Mondoto, con sus dos cumbres de 1.962 y 1.949 metros, y la Estiva, con 2.300 metros. En estas laderas pue-



Valle de Añisclo, desde el Monte Perdido

Clisé «Peña Guara»

Foto A. LACOMA

den contemplarse las cuevas naturales, las cascadas que en algunos puntos pulverizan sus aguas antes de poder llegar al fondo del cauce; los torrentes y las vaguadas, así como sus barrancos inaccesibles, algunos no sólo en plena verticalidad, sino con pendientes contrarias para formar pantallas con sus cumbres, que parecen amenazar con precipitarse sobre la cabeza del espectador. Esta senda, que a veces transcurre bajo grandes piedras que le sirven de techo, para rodearla y llegar sobre ellas a poder horadar los pasos difíciles, termina en el punto llamado la «Ripareta», formada por dos praderas en la confluencia del barranco de la Pardina con el río Vellos: éste es el punto obligado para acampar y del que ya no es posible hacerse acompañar con caballerías. Desde este punto se realizan las excursiones más interesantes. La principal, la subida hasta el circo de Añisclo, después de atravesar tres kilómetros que es necesario efectuar dentro del cauce del mismo río por faltar senda en sus laderas, que son prácticamente inaccesibles y de

majestuosa gallardía: forman éstas como unas murallas en las que no falta la forma de sus atalayas y de sus almenas, o como catedrales góticas en construcción y faltas de sus bóvedas.

Las otras excursiones son la del barranco de la Pardina, y las de los barrancos de Caprariza y de Arrablo, en los que están en igual proporción la belleza de los mismos y las dificultades de su recorrido, y donde el panorama reclama la atención en sus múltiples detalles. El más suave, dentro de sus propias dificultades, es el de Caprariza y por él puede ascenderse hasta el Coll de Goriz o de Arrablo, por el que se puede llegar, atravesando cortadas y hermosas praderas, al valle de Ordesa, rodeando la sierra de Custodia, con su pico de 2.520 metros, y teniendo el Coll una altura superior a los 2.250 metros. Desde éste, por las clavijas, puede internarse en el circo de Soaso o, de lo contrario, trasladarse al refugio de Goriz, al pie de Monte Perdido.

La descripción anterior no permite reflejar, con certera impresión, su magnificencia, esplendor y originalidad, porque para ellos tendríamos que recurrir a párrafos de la literatura clásica, de la literatura de la mitología griega o del Apocalipsis. Los árboles corpulentos, los témpanos de rocas, el océano de hayas y pinos, el colorido de las calizas rojizas, los diferentes verdes del reino vegetal, el blanco y azul de infinitas e impresionantes cascadas y ríos y el distinto tono que estos colores toman a la luz solar, al crepúsculo y al oscurecer los cielos los negros nubarrones que presagian tormentas e incluso al iluminarse por las descargas eléctricas el paisaje, cantando sus bellezas en todos sus matices, hacen de este cañón que sean bienaventurados los mortales que lo contemplan, ya que no puede compararse a ningún otro del Pirineo.

Su forma es única por su diaclasia primitiva y por los fenómenos destructores y conmociones que se han producido en el relieve de su superficie. La belleza de sus acantilados, de sus bosques, de sus cornisas y de sus precipicios, de sus piedras que forman gigantescos sillares y arquitecturas majestuosas e imponentes, justifican cuantos sacrificios se efectúen para recrearse en el recorrido del valle. No aumentan los motivos que justifiquen el visitarle, las fábulas contadas recientemente por los excursionistas que con tanto éxito efectuaron el pasado año la travesía desde Ordesa a este valle, para terminar el cuarto día de la excursión en la misa de San Pedro, en Escalona: «El abominable hombre de Añisclo», mitad pez y mitad oso, observado al cruzar las aguas del Vello, en las proximidades del circo de Añisclo, con vestido velludo, propio de un ser anfibio, y joroba monstruosa.